

de interes es dónde fueron á parar los cien mil duros.

—No lo sé, contestó Miguel.

—Matusalem aspiró con delicia el perfume que exhalaba la taza de café que acababan de servirle, diciendo :

—Una curiosidad me acomete. Si esa Virgen de Rafael y esa Vénus de Médicis, si ese ángel del cielo y esa mujer del mundo te se presentáran á la vez, ¿con cuál de ellas te quedarias?

Miguel se entretuvo en encender un hermoso habano, sin duda por eludir la pregunta, quizá por no encontrar la respuesta; pero Guillen lo sacó del apuro contestando:

—Yo no vacilaria ni un momento entre dos mujeres como ésas; es claro, no hay duda posible..... me quedaria con las dos..... hay cosas que se caen de su peso.

Los cuatro amigos tomaron silenciosamente el café, como si cada uno de ellos se sintiera llamado al interior por una idea particular, y si nos guiamos por la diversa expresion de sus rostros, debemos inferir que cada uno pensaba en una cosa distinta.

Medina parecia irritado, Matusalem complacido, Guillen admirado, y Miguel triste.

Si adelantamos el juicio y suponemos la idea que cada uno podría tener entre cejas en aquel instante, convendrémos en que Medina pensaba en los cien mil duros, Matusalem en la Marquesa, Miguel en Magdalena, y Guillen en una y en otra.

Matusalem fué el primero que rompió el silencio diciendo :

—Comprendo, Miguel, que te mortifique el recuerdo de la primera al unirte para siempre á la segunda, porque ése es el corazon humano; por mucho que á tus ojos valga la Marquesa, la imágen de la otra ha de perseguirte con esa tenacidad con que nos persiguen las felicidades verdaderas ó supuestas que hemos perdido. Es la expiacion de tu inconstancia..... pero la cosa no es para perder el sueño. Alégrate, pues..... haces un buen matrimonio..... Rango, fortuna, belleza y celebridad, todo esto reúne la Marquesa, y no es justo que le des por rival el recuerdo de una pobre muchacha, que no po-

dia ofrecerte más que su inocencia, su juventud y su hermosura.....

Miguel soltó una carcajada estrepitosa, y levantándose dijo:

—Ea, no hablemos más de este asunto: las mujeres han nacido para hacernos dichosos, y bien imbécil será el que se deje hacer infeliz por ninguna. Vi la luna y se llenó mi alma de dulce melancolía; he visto el sol y me abraso.....

—No digas más, exclamó Matusalem; estás en tu derecho..... Y dime, tu matrimonio, ¿es cosa decidida?

—Irrevocable.

—Ya lo creo, añadió Guillen, como que ha pedido oficialmente la mano de la Marquesa.

—¿Á quién?

—Toma..... á ella misma..... ¿habia de habérsela pedido á su difunto marido?

—¿De manera, volvió á preguntar Matusalem, que la cosa irá á escape?

Miguel contestó:

—No tan á escape, porque ántes quiero ser rico.

—¿No lo es ella?

—Por eso quiero yo serlo.

—Medina los interrumpió, dando una puñada en la mesa al mismo tiempo que exclamaba:

—Ahí tienes, imbécil, lo que es tu falta de cálculo y tu imprevision deplorable..... ahora te vendrían de molde, como caidos del cielo, los cien mil duros que la tonta de los cabellos rubios y de los ojos azules te hizo perder de una mano á otra..... ¡Dos millones! ¡dos millones!..... que se podian doblar de un golpe en la jugada que hay pendiente. Eres el sér más desgraciadamente afortunado que conozco: una te hace perder cien mil duros de capital; la otra te hace perder trescientos mil duros de renta.

—Tiene razon Medina, dijo el médico.

—No importa, añadió Matusalem, si quiere ser rico ántes de casarse, lo será; y en todo caso no nos hemos de entristecer en la ocasion presente por dos miserables millones, que tiene cualquiera. Ese asunto lo trataremos despacio. Ahora vamos á poner término á nuestro fraternal banquete con un

bríndis á la felicidad del primero de nosotros que dé el espectáculo de una boda ruidosa.

Cada uno cogió su copa, y los cuatro á la vez las apuraron. Despues se confundieron en un mutuo abrazo, que tenía trazas de ser eterno; pero dieron las tres, y Medina, al oirlas, desatando el estrecho vínculo de aquella amistad renovada, dijo :

— Señores, aquí falta uno: se aproxima la hora de la cotizacion y corro á la Bolsa.

Guillen se acercó al oido de Matusalem y le preguntó en voz baja :

— ¿Vamos á consentir que se case con la Marquesa?

Giró Matusalem sobre el talon izquierdo, dando una vuelta en redondo, y contestó en voz alta :

— Verémos, verémos.

Como Medina habia desaparecido sin esperar á nadie, el doctor en medicina y el abogado sin licenciar tomaron sus sombreros y se despidieron de Matusalem.

En cuanto éste se vió solo salió del comedor, y entrando en su cuarto, hizo dos ó tres

muecas delante del espejo, se envolvió en un gaban y se echó á la calle.

Por la escalera iba diciendo :

— Perfectamente: el golpe que voy á dar es seguro. La criolla está cargada..... es un arma que puede ser terrible..... vamos á dispararla.